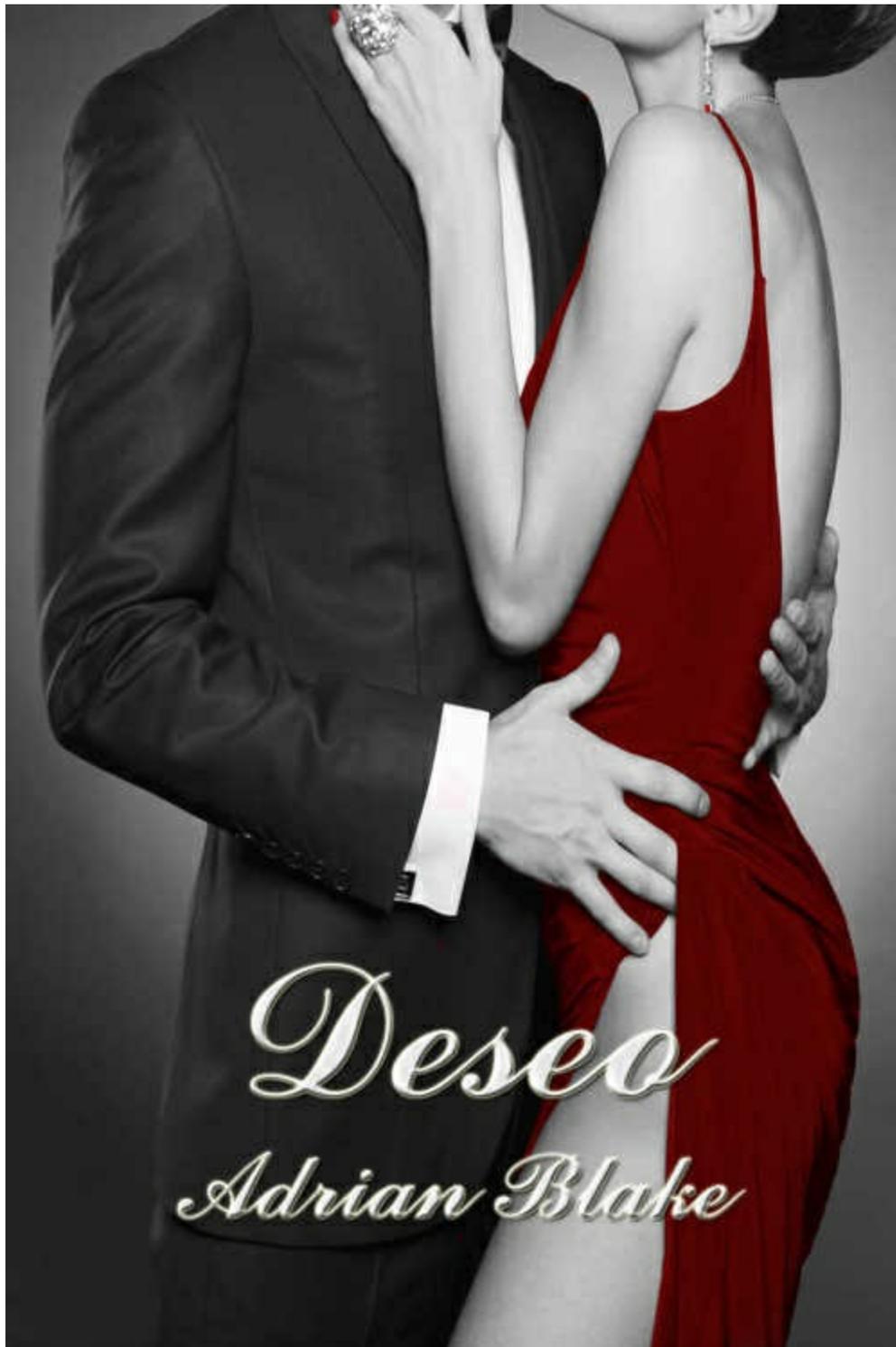


Deseo
Adrian Blake



Quiero agradecer en primer lugar a mis dos hadas madrinas, Brianne e Itziar, porque me animaron a seguir adelante con mi idea, y gracias a ellas estoy realizando mi sueño por fin.

Pero sobre todo y ante todo, os doy las gracias a vosotras, mis pequeñas diablas, por animarme, consentirme, cuidarme, y hacer que escribir este libro se haya convertido en un reto para satisfaceros. Espero estar a la altura.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Prólogo

Deseo. Es el motor que rige mi vida. Lo que me domina, me consume, me deja sin respiración.

Todo lo que soy, todo lo que hago, está regido por la lujuria, por el ansia de enterrarme en una mujer, cualquiera que esté dispuesta a pasar una única noche conmigo. Necesito follar a todas horas, pero no tengo ninguna intención de atarme a nadie. No estoy dispuesto a aguantar los lloros y las súplicas de las mujeres a las que les brindo mi cuerpo, mi deseo, mi placer. Es por eso que lo dejo claro desde el primer momento, desde el segundo número uno.

Me he acostado con tantas mujeres que ya he perdido la cuenta. No recuerdo sus nombres, sus caras, sus gemidos de placer cuando mi lengua se pasea por sus sexos empapados. Lo único que recuerdo es lo que siento cuando a pesar de correrme una y otra vez, jamás quedo saciado: vacío, desesperación... y después nada.

Me paso la vida visitando los pubs de la ciudad buscando a mi próxima víctima, mi próximo juguete. Aquella que de una vez me deje extasiado, satisfecho.

Me acerco sonriente, perverso, sexy (sí, estoy bueno y no dudo en hacer uso de ello) y con tan solo un par de palabras me las llevo a mi terreno.

Ninguna mujer se me ha resistido jamás. Ninguna se ha negado a sí misma el placer que solo yo soy capaz de proporcionarle. Todas ellas caen rendidas en cuanto mis labios tocan su piel, mi aliento roza su oreja, o mis manos acarician su cuerpo. Es inevitable, porque aunque las féminas presuman de lo contrario, todas y cada una de ellas son esclavas de su sexo. Y yo soy el maestro.

Mi vida es demasiado aburrida, demasiado monótona para mi bien. Me rijo entre trabajar y follar. No hay nada más que me saque del hastío en el que me encuentro. Estoy llegando a un punto en el que la rutina va a terminar por asfixiarme.

Pero entonces llegó ELLA.

Capítulo 1

Está lloviendo a mares, pero eso no me impide caminar con paso distraído por la calle. Acabo de dejar la habitación del hotel en el que he tenido mi última sesión de sexo salvaje y necesito que la fría lluvia enfríe mi piel ardiente. La chica era rubia. Ni siquiera sé su nombre, o su edad. No era ni muy alta ni muy baja, ni gruesa ni delgada... una chica del montón. No tuve que esforzarme demasiado para que accediese a venir conmigo al hotel: una copa, dos palabras bonitas y una sonrisa seductora.

El polvo no fue de los mejores de mi vida, pero tampoco puedo quejarme. No es que mi cabeza estuviese atenta a lo que estaba haciendo. Pero sé que la chica ahora mismo estará enroscada en su cama con una sonrisa de oreja a oreja, relamiéndose por los orgasmos que ha tenido entre mis brazos.

Mi demonio interior está saciado... por el momento. Puedo estar tranquilo al menos hasta esta noche, porque el deseo me arrasa cada vez con más rapidez,

y ningún médico o sicólogo conoce la causa de este mal. No soy capaz de estar veinticuatro horas sin sexo. Alguna vez he intentado traspasar mis límites y olvidarme de mi problema, pero es inútil. Cuando estoy a punto de perder el control mi cuerpo se cubre de un sudor frío, mi pulso se acelera, mis pupilas se dilatan... y aparece la bestia.

Es entonces cuando necesito algo más fuerte, más duro, y recurro a los clubs en los que puedo desatarme sin miedo a que me arresten por maltrato. No es que me guste habitualmente el BDSM, prefiero el sexo seductor, ese en el que la chica termina gritando tu nombre desesperada por que le provoques el quinto orgasmo de la noche sin haberla penetrado aún. Pero la bestia necesita salir de vez en cuando, porque si no mis demonios acabarán por asfixiarme.

Vuelvo la vista... y allí está ella. Una joven apoyada en la parada del autobús, o más bien una mujer, de joven no tiene nada. Su pelo, oscuro quizás por el agua, le cae graciosamente por una espalda que grita por ser acariciada, y sus curvas redondeadas me llaman, las yemas de los dedos empiezan a cosquillearme por las ganas de tocarla.

Parece un gato ahogado. El agua chorrea por su espalda, y la ropa completamente empapada se pega de forma deliciosa a su curvilíneo cuerpo, dejando poco a la imaginación. Intenta que algún taxi se pare a su lado, sin éxito. Su gesto frustrado cada vez que uno de ellos pasa de largo hace que me den ganas de borrarle a besos.

Tiene que ser mía. Esta noche... no, ahora mismo. Mi polla ya está fantaseando con estar dentro de su coñito prieto, mis manos quieren recorrer esas curvas voluptuosas, y mi lengua se muere por endurecer sus pezones tal y como está haciendo la fría lluvia para poder morderlos y hacer que grite de placer.

Me acerco a ella con disimulo. La rozo suavemente, casi sin querer, y mi polla se hincha un poco más al escuchar el siseo que sale de sus labios. Sus pezones se han puesto más duros si cabe... y su piel se ha erizado de manera deliciosa. Es irremediable... necesito follármela.

De un salto me coloco en la carretera, y con un silbido, paro a uno de esos taxis que a ella se le escapan. Sonrío cuando la oigo mascullar “¡Maldita

sea!”, abro la puerta del vehículo y me vuelvo hacia ella con una sonrisa de medio lado.

–Señora, está diluviando. Vamos, comparta el taxi conmigo.

–No, gracias, esperaré el siguiente –contesta, sorprendiéndome.

–Vamos... no voy a morderla. Tan solo intento ser amable, así que suba al taxi, por favor.

Tras un leve asentimiento, entra en el vehículo, y mi demonio interior grita eufórico, previendo otro tanto más en su lista de conquistas. Aunque el asiento es lo suficientemente grande para que quepan tres personas, me pego a ella, rozando su pierna con la mía, esa pierna cubierta con una suave falda vaporosa que me muero de ganas de subir.

Mi mente enferma comienza a imaginar que mi mano sube suavemente por su

piel, haciendo resbalar la ínfima tela hasta topar con sus preciosas braguitas de encaje. Mmm... Me vuelve loco el encaje, no lo puedo remediar.

Con un movimiento seco arrancaré la prenda de su piel, para que mis dedos alcancen su objetivo, esos labios empapados por la miel que destila su excitación.

Ella se arqueará de forma deliciosa, apoyando su cabeza en el respaldo del asiento.

Recorreré la hendidura despacio, esparciendo sus jugos por toda su longitud, saboreando el momento, saboreándola a ella que gime entregada y abre sus muslos sutilmente para darme mejor acceso.

Es entonces cuando su mano juguetona viajará hacia mi pantalón para desabrocharlo y agarrar mi inmensa polla, que arde por estar enterrada en ese coñito delicioso.

Introduciré un dedo en su estrecho canal y acallaré sus gritos haciendo que mi lengua se entierre entre esos labios rosados. Succionaré su lengua con anhelo,

curvaré mis dedos para acariciar ese punto sensible que las vuelve a todas locas, y su cintura comenzará un vaivén delicioso para aumentar mi contacto con su cuerpo.

Será entonces cuando ella se desate, se rebele, y de un manotazo saque mi mano de su coño para apartarme. Chuparé mis dedos mirándola con lujuria, con anhelo.

Su sabor será delicioso, ácido y dulce a la vez. Agarrándose de mis hombros, se pondrá a horcajadas y me follará fuerte, duro, sin importar que el conductor vea el espectáculo por el espejo retrovisor.

Clavaré mis dedos en su cintura, ayudándola a mecerse, deleitándome por cómo echa la cabeza hacia atrás y gime de placer. Mi polla estará en el paraíso, ese delicioso coñito apretado, suave, caliente, que la friccionará con desesperante lentitud.

Acompasaré los movimientos de su cuerpo con mis embestidas, cada vez más fuertes, más rápidas, más desesperadas, hasta que su cuerpo tiemble y se convulsione alcanzando el éxtasis. De su garganta saldrá un grito ahogado, y caerá desmadejada entre mis brazos, que aupándola un par de veces más se derramará dentro de ella por completo, dejándome saciado, aunque sea solo por un momento.

—¿Se encuentra bien?

Su voz me saca de mis fantasías, aunque estoy como una piedra y mi polla tensa mi pantalón hasta el límite, pero no pienso ocultarlo. Le sonrío de manera sexy y me vuelvo hacia ella.

—Sí, perdona, ¿qué decías?

—Le comentaba que hemos llegado a mi casa, y quería agradecerle su amabilidad. De no ser por usted habría llegado a casa empapada.

—¿Qué te parece si nos tuteamos y aceptas tomarte un café conmigo mientras me muestras cuán agradecida estás?

Su ceño se frunce por momentos, pasando del agradecimiento a la indignación.

Con un movimiento seco se aparta de mí todo lo que le permite el reducido cubículo, y me mira con sus ojos rebosantes de desprecio.

–Me parece que puede usted irse al infierno. Ya he pagado mi parte de la carrera, por lo que mi agradecimiento termina aquí. No me gustan los hombres que se creen irresistibles, así que adiós.

Dicho esto, sale del taxi y se va, y yo me quedo ahí, entre maravillado, asombrado y frustrado, porque por primera vez en mi vida adulta... me han dado calabazas. Ríe a carcajadas antes de informar al taxista de mi destino, me recuesto en el sillón y sonrío mientras pienso en ella, mi nuevo reto, mi nueva meta, la mujer que ha conseguido sacarme de mi hastío personal.

En vez de dirigirme a mi apartamento me acerco al bar de la esquina, en busca de una nueva hembra que calme mi deseo... por ahora. Recorro el bar con la vista, y mi mirada se cruza con la de una rubia voluptuosa que se relame los labios mirando hacia mi erección mientras juega con la pajita de su bebida.

No se parece en nada a ella, pero tendrá que servir, así que me acerco lentamente y me apoyo en la barra a su lado a pedirme una cerveza.

–No entiendo como una mujer tan preciosa como tú puede estar sola en un bar repleto de... hombres.

–Eso es porque estaba esperándote a ti –contesta coqueta.

–Aduladora –le respondo con una sonrisa más bien falsa–. Seguro que te servía cualquier incauto que se acercase a ti.

–Es cierto, pero no voy a negarte que eres lo mejor que ha pisado el bar en toda la noche.

–Tampoco yo puedo negarlo –respondo.

La rubia se adelanta un paso, acaricia sutilmente la solapa de mi traje de corte italiano mientras mira mi boca con lujuria... y yo no siento absolutamente nada. Mi sangre no hierve, mi polla no da señales de vida, mi libido se ha marchado con la chica del taxi.

¡Maldita sea! Me muero de ganas por echar un buen polvo, y la rubia está más que dispuesta, pero mi cuerpo no responde a los estímulos desde que la mujer misteriosa salió del taxi hace unos momentos.

–Lo siento, muñeca, pero yo no me conformo con cualquier cosa. Si me disculpas...

–¡Serás cabrón! –Me espeta.

–No, querida... es que a mí no me gustan las prostitutas.

Retiro las manos de la rubia de mí, y con una sonrisa socarrona, apuro mi copa y me marchó a casa. Solo y frustrado.

Capítulo 2

Anoche no pude pegar ojo pensando en ella. Después de pasarme más de dos horas frustrado y dolorido, porque mi “amiga” hizo acto de presencia en cuanto pasó por mi mente la imagen de mi reto personal, con esa sonrisa sincera que me brindó... antes de que fuera un auténtico capullo y lo mandase todo a la mierda.

Es la primera vez que mi seguridad y mi prepotencia espantan a una mujer, seguro que es por eso que no puedo sacármela de la cabeza. Pero apuesto todo lo que tengo a que una vez me entierre en ella este deseo desmedido quedará en el olvido y volveré a ser el de siempre.

Me doy una ducha rápida antes de irme a trabajar. Pero me paso todo el día pensando en ella, en sus muslos cremosos, en su boca carnosa, en su perfume sutil.

No sé nada de ella, ni su nombre, ni a qué se dedica, ni siquiera conozco sus gustos, pero nada de ello importa para follármela una única vez.

En cuanto salgo de la oficina me dirijo a su casa, con la esperanza de verla aparecer en cualquier momento, solo para echarle un último vistazo antes de mi avance. Llega dos horas más tarde. Está cansada, sus facciones están marcadas por la fatiga, pero eso no hace que sea menos deseable. Sobre todo porque cuando termine con ella va a estar mucho más cansada que eso.

Me acerco con paso decidido, pero cuando me ve hace rodar sus ojos y me mira con cara de disgusto.

—¿Tú otra vez? ¿No fue suficiente lo que te dije ayer?

—Es por eso que volví, preciosa. Quería pedirte disculpas por haber sido un auténtico gilipollas.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! No pensé que un prepotente como tú supiese pedir disculpas —sonrío complacido, esa lengua viperina me está resultando excitante.

—¿Qué tal si te invito a un café para compensarte? En una cafetería, palabra.

—No creo que te merezcas otra oportunidad.

—Por favor, princesa, ten un poco de misericordia con este capullo arrepentido.

—Estoy cansada, necesito una ducha y...

—Ángel, no seas mala, concédeme la redención.

Tras una carcajada que es música para mis oídos, accede a acompañarme al *Starbucks* de la esquina. Ella pide un *Caramel Macchiato*, dulce como sé que será su carácter. Yo un *Espresso*, fuerte, con cuerpo, intenso.

Ella me habla, pero apenas presto atención a lo que dice, porque no puedo dejar de mirar el movimiento de sus carnosos labios, e imaginármelos sobre mi polla aterciopelada...

De repente me doy cuenta de que ella me está mirando fijamente. Mierda, debe haberme preguntado algo y no tengo ni puta idea de qué.

–Lo siento, estaba distraído. ¿Qué decías? –No ganaré nada mintiendo, porque seguro que me pilla el embuste.

–¿Se puede saber qué pasa contigo?

–Sinceramente, me he perdido en el movimiento de esos pecaminosos labios.

Lo siento.

–Creo que esto es un error –contesta levantándose–. No te interesa nada de lo que te digo, y creo que lo que buscas es un puto polvo de emergencia, así que me voy.

–No –la sujeto firmemente de la muñeca–. No te vayas, por favor. Es que eres demasiado atractiva para mi bien, eso es todo.

–Lo siento, pero no soy de las que sucumben con palabras edulcoradas. Y tampoco soy de polvos de una noche.

Se suelta de mi agarre de un tirón y se marcha, y yo me quedo ahí, pasmado, ante la segunda negativa que sale de su boca. ¿Pero qué demonios le pasa? Estamos en el siglo XXI, por amor de Dios. Es algo completamente normal que dos personas adultas dejen escapar sus frustraciones echando un polvo una sola noche.

Salgo tras ella como alma que lleva el diablo y me cuelo en su portal tras ella, sujetándola antes de que ponga un pie en el ascensor.

–Por favor, espera, no te marches.

–¿Por qué me persigues? ¿Qué es lo que quieres de mí?

–Lo siento... otra vez. No sé qué me pasa contigo, me estoy comportando como un auténtico gilipollas. No tengo excusa.

–En eso estoy totalmente de acuerdo.

–¿Por qué no empezamos desde cero? Hola, soy Derek. Encantado de

conocerle.

Tras una leve vacilación que me arranca el aire de los pulmones, mi ángel acepta la mano que le tiendo.

–Soy Gabrielle.

Gabrielle... un nombre tan dulce como ella. Debería haber sabido que solo podría tener nombre de ángel, mi ángel.

–Encantado de conocerte, Gabrielle. Creo que será mejor que te deje marchar... por ahora.

–Sí, será mejor que me vaya antes de que vuelvas a hacer el capullo – responde sonriéndome.

–¿Te apetece cenar conmigo esta noche? Conozco un restaurante muy acogedor cerca de la playa en el que podríamos hablar tranquilamente.

–Solo si prometes no volver a quedarte en Babia.

–Prometido. ¿Te recojo a las ocho?

–De acuerdo.

–Muy bien –la beso suavemente en la mejilla–. Hasta más tarde.

Aunque mi demonio interior se muere por retenerla, la dejo ir. He ganado una pequeña batalla, y poco a poco ganaré la guerra.

Me paso todo el día pensando en ella, no sé qué demonios ha hecho conmigo, pero se ha metido bajo mi piel, en lo más profundo de mi alma. A las ocho en punto estoy parado en su puerta. He decidido venir en moto, así podré sentir su cuerpo pegado al mío de una forma deliciosa.

Sonrío cuando la veo acercarse tímidamente. Se ha puesto unos pantalones vaporosos y una camiseta sin mangas, dejando al descubierto sus cremosos hombros y su delicado cuello. Mi demonio comienza a colar en mi mente

imágenes perversas, mi boca recorriendo esa columna de terciopelo, mis manos sopesando esos pechos cremosos... pero descarto esas imágenes rápidamente de mi mente para no volver a perderla otra vez.

La beso en la mejilla, y antes de que pueda pararme le recorro el cuello con los labios para plantarle otro suave beso en el hombro. Lo reconozco, mi demonio me ha tentado más de lo que quiero admitir.

–¿Lista?

–Espero que sepas conducir esa cosa –me contesta mirando con recelo la moto.

–Te doy mi palabra de que me defiende sobre ella.

–Tu palabra no vale de mucho por ahora, deberás demostrarlo.

–No podré demostrarlo si no subes a la moto, cielo.

Aunque reticente, pasa su larga pierna por encima de mi bestia de acero y se agarra al asidero de detrás. Sonrío complacido, porque ese gesto me ha descubierto que le atraigo más de lo que ella quisiera.

–Cariño, si no te agarras a mi cintura puedes llegar a caerte.

–Prefiero hacerlo aquí, gracias.

–No voy a morderte... lo prometo.

–Ya es la segunda vez que me lo dices, y en ambas ocasiones he tenido la sensación de que mientes.

No puedo evitar reírme a carcajadas ante su suspicacia. En la segunda curva que damos con la moto decide cambiar de idea, y aprieta su cuerpo sedoso a mi espalda.

La sensación es sublime. Tener sus pechos pegados a mí de esa manera es lo más cerca del cielo que puedo estar dadas las circunstancias.

Mi polla empieza a rebelarse, no concibe que mi espalda sea la que recibe tal premio, pero debo contenerme... solo un poco más.

Llegamos poco después al restaurante, situado en primera línea de playa. He reservado una mesa en la terraza, para disfrutar de las vistas, aunque ¿a quién quiero engañar? Solo voy a mirarla a ella.

El sitio le encanta, me lo dice su mirada brillante y su sonrisa ilusionada.

Pedimos la cena y nos enzarzamos en una charla amena, hablando de todo y nada a la vez.

–Y dime, Gabrielle, ¿A qué dedicas tu preciado tiempo?

–Tengo una pequeña floristería en el centro. ¿Y tú?

–Soy abogado, un trabajo demasiado aburrido.

–Yo no diría eso... aunque sí demasiado serio. Sinceramente, no tienes pinta de abogado.

–Vaya, gracias –le sonrío– ¿Y de qué tengo pintas entonces?

–No sé... modelo, director general de alguna empresa... pero no abogado.

–¿Modelo? –respondo sonriendo–. Cariño, me tienes en muy alta estima.

–No seas creído, sabes perfectamente el físico que tienes.

–Claro que lo sé... típico, serio, aburrido...

–Te encanta que te regalen el oído, ¿eh?

–¿Vas a regalármelo? –la pico divertido.

–Ni lo sueñe, señor abogado.

–Me lo temía.

La cena transcurre en un abrir y cerrar de ojos, y antes de darme cuenta ha llegado la hora de devolverla sana y salva a su casa. Hacemos el camino de vuelta en silencio, y cuando llegamos a su puerta la acompaño hasta ella como todo un caballero.

–Me lo he pasado muy bien esta noche –me dice–. Y encima has conseguido no volver a hacer el capullo. Gracias por una velada maravillosa.

–Ha sido un auténtico placer, cielo –le respondo antes de besarla suavemente en los labios–. Hasta otro día.

–Esto... ¿Quieres subir?

–Será mejor que no lo haga, ángel.

–Está... está bien, lo entiendo –parece decepcionada, y me vuelve loco.

–No, no lo entiendes, preciosa. Estoy intentando ser un caballero.

–Así es como se llama ahora, ¿no? –Sonríe, pero esa sonrisa no llega a sus ojos.

La sujeto de la cintura y me acerco tanto a ella que seguramente debe estar notando el bulto de mi erección. Esta gatita cree que no la deseo... ¡Por Dios! ¡Si me muero por ella!

–Gabrielle, me muero de ganas de subir contigo, empotrarte contra la puerta de entrada y follarte hasta mañana, pero no es el momento. Aún no. Sube, preciosa, antes de que me arrepienta de ser un auténtico caballero.

Gabrielle asiente sorprendida, me besa en la mejilla y se va. Y aquí me quedo yo, con cara de gilipollas por haber desaprovechado la oportunidad. ¿Qué cojones me está pasando? Podría haberme pasado la noche entera enterrado entre sus muslos, saciando a mi demonio... y a mí. ¿Y qué he hecho? Portarme como un auténtico caballero y dejarla marcharse sola.

Lo que pasa es que no quiero que esto termine, aún no, al menos. El haber pasado tiempo con ella ha cambiado las expectativas respecto a ella. Si

hubiese subido con ella me la habría follado y ahí hubiese acabado todo, pero cuanto más la conozco más seguro estoy de que con una sola vez no va a ser suficiente.

Capítulo 3

Hoy es domingo. Estuve hasta bien entrada la madrugada pensando en qué hacer para pasar más tiempo con Gabrielle, y al fin se me ocurrió algo interesante.

He conseguido que mi mejor amigo me mande a la mierda por despertarle a horas tan intempestivas, pero creo que el resultado merecerá tenerle enfurruñado un par de días.

No puedo más que sonreír cuando me abre la puerta una Gabrielle despeinada y con cara de dormida, enfundada en un pijama de corazoncitos muy sexy. ¡Ay, dios!

Apenas le tapa nada, y sus pechos amenazan con salirse de sus confines en breve.

Mi polla empieza a hacer estragos en mis pantalones cortos, pero no quiero que se dé cuenta, así que aparto de mi mente tan lascivo pensamiento y entro en el apartamento dándole un beso en los labios.

–Vamos, dormilona. Ponte el bañador, que nos vamos.

–¿Derek? ¿Habíamos quedado?

–La verdad es que no, pero esta mañana se me ha ocurrido que podría apetecerte ir a la playa.

–Derek, estoy muy cansada. Ayer no pude descansar y me muero de ganas de volver a la cama.

A la cama te llevaba yo en volandas... para deshacerme de ese pijamita tan sexy y empalarme en ti hasta la empuñadura. Pero debo seguir el plan original sea como sea.

–Gaby, vamos... no seas así. Tengo una cesta en el coche lista para nosotros.

–¿Y cuándo demonios la has preparado? Hace horas que nos separamos.

–La preparé esta madrugada. No podía dormir. Vamos... dime que sí, preciosa.

–¡Está bien, está bien! Pero ve preparándome un café mientras me visto. Allí está la cocina.

Otra batalla ganada. Voy a provocarla como nunca debajo de las olas... tengo su café casi listo cuando aparece por la puerta, y casi me muero de la impresión. Esta mujer va a ser mi destrucción. Esos vaqueritos tan sexys no esconden nada... su culito prieto asoma juguetón por el borde, y se me hace la boca agua solo con pensar en pasar mi lengua por ese trocito de piel succulenta...

Respiro un par de veces para serenarme, y me las arreglo para pasarle el café con una sonrisa sin sucumbir al deseo irrefrenable de cargármela al hombro como un Neandertal y tirarla en la primera superficie plana que encuentre en mi camino para follármela sin descanso.

–Estás preciosa. ¿Lista?

Asiente tímidamente y la cojo de la mano para largarnos de una vez por todas.

He conseguido que mi amigo me deje su casa de la playa, a la que pertenece una parcela de playa privada, así que estaremos absolutamente solos, perfecto para provocarla hasta que pierda el control.

Cuando llegamos a la playa, mi colega lo ha preparado todo al milímetro. En el centro de su parcela de playa hay una pérgola de madera con cortinas blancas y un enorme colchón en el centro. En las mesitas adyacentes ha colocado unas copas, una botella de cava y un surtido de frutas deliciosas.

Gabrielle está admirada, mirando la playa como si fuese la primera vez que ve algo por el estilo. Le doy un apretón en la mano y tiro de ella hasta nuestro

refugio.

–¿Todo esto es tuyo?

–De un amigo. Me lo ha prestado para hoy.

–¿Y cuándo lo has preparado?

–Ya te he dicho que anoche no podía dormir.

–¿Y por eso tuviste que darle la vara a tu amigo?

–No le compadezcas, cielo, él es un crápula que vive de noche y duerme de día.

–Me suena esa descripción...

–Yo no soy como él, Gabrielle. Nunca lo he sido.

Me quito la camiseta, quedándome solo con mi bañador negro de Versace, y escucho como se le acelera la respiración. Perfecto, para algo debe servir machacarme tantas horas en el gimnasio.

Se deshace de su ropa, y su cuerpo queda cubierto por un minúsculo bikini blanco. Madre de Dios, qué cuerpazo. Empiezo a babear casi al momento, y tengo que tirarme al agua para que no note la erección que acaba de atrincherarse bajo la tela del bañador.

Ella se tumba en la pérgola y sirve dos copas de cava, me tiende una toalla cuando me acerco y espera a que coja mi bebida. Mmm... lo que se me ocurre hacer con ese cava... pero me porto bien y me tumbo a su lado, mirándola con lascivia, tentándola con una cereza madura, recorriendo su cuello con la fruta, acariciando después el valle entre sus pechos, metiéndomela en la boca y gimiendo de deseo.

Ella se tensa, inspira, pero no dice nada. En vez de eso mi intrépido ángel coge una uva y la deja caer entre mis pectorales, aterrizando muy cerca de mi ya evidente erección, y acerca sus labios a mi piel para recogerla.

–Dios, nena... vas a volverme loco.

–Tú has empezado.

–No me estoy quejando, créeme.

Me mira juguetona y continúa comiendo uvas. Le acerco una fresa a los labios, y cuando la muerde el dulce jugo cae por su barbilla. No me lo pienso dos veces y lo recojo con mi lengua, con lo que consigo que se arquee de puro deleite.

Vierto un poco de cava en el hueco de su ombligo, y lo tomo con pequeños lametazos. El sabor de la fría medida mezclado con el de su piel saben a ambrosía, y no puedo resistirme a realizar la misma operación otra vez... y otra más.

Ella se levanta mirándome traviesa y corre hacia el agua. Claramente me provoca, me reta, me excita como nunca antes nadie ha logrado hacerlo, y como su perrito faldero echo a correr tras ella y la alcanzo en la orilla. Me la echo al hombro y tras un azote en ese culito tentador me sumerjo en las frías aguas del océano.

Sale como un perrito empapado y me salpica con las manos, por lo que intento atraparla de nuevo. Se ríe mientras huye de mí, pero a un par de pasos la vuelvo a alcanzar y toda delicadeza queda en el olvido. Mi boca arrasa la suya, mis manos aprisionan sus glúteos, acercándola peligrosamente a mi gran erección, que pugna por clavarse hasta lo más hondo de su coñito. Sabe tan bien... sus gemidos quedos me están haciendo perder el control, ese control del que tanto presumo, y aupándola en mis brazos la abrazo con fuerza y me restriego contra su sexo, y hundo mi lengua en su boca de la misma manera en la que me muero por hundirme en ella. La llevo de vuelta a la pérgola, sus piernas aún enredadas en mi cintura, y la dejo caer en la cama para tumbarme sobre ella.

Deslizo con un dedo la minúscula tela que cubre sus preciosos pechos y los adoro con mi lengua caliente, trazando círculos alrededor de ese pezón rosado, duro por mis caricias. Ella gime, se retuerce debajo de mí, y mi mano comienza a recorrer sus larguísimas piernas, de pura seda, llegando al límite

de la cordura.

Pero no es suficiente, necesito más de ella, y no es el momento ni el lugar. Con un esfuerzo titánico, cubro de nuevo sus pechos y la beso con dulzura en la boca.

–Lo siento, Gabrielle, no debí...

–Pero yo quería que lo hicieras... quiero que lo hagas.

Su súplica me desarma, pero no voy a quedarme satisfecho con un polvo en la playa. Y sé que ella no se va a contentar con eso.

–Gabrielle... no creo que el mejor sitio para echar un polvo sea una playa.

–No te entiendo... –me dice temblorosa, y mi alma se parte en dos al verla tan vulnerable.

–No voy a follarte como un perro en celo, eso es todo.

–¿Me deseas?

–Más de lo que puedo desear respirar.

–Entonces deja que ocurra. Necesito que me hagas el amor.

Mi alma se quiebra, el miedo atenaza mi garganta. No solo follo, jamás le he hecho el amor a una mujer. Y no voy a empezar ahora.

–Gabrielle... yo no hago el amor, cielo. Yo solo follo.

–¿Y eso qué significa?

–No soy hombre de compromisos. Yo no puedo atarme a una mujer, porque acabaría destrozándola. No soy bueno para nadie.

–¿Y por qué no lo intentas? Quizás estás equivocado.

–No puedo... no funcionaría.

–Dime entonces qué es lo que puedes ofrecerme. Dime qué quieres de mí.

–Quiero que pases un día entero conmigo, preciosa. Solo uno, después te dejaré en paz.

–¿Solo un día? ¿Follar hasta caer rendidos y no volver a verte jamás?

–Es lo único que puedo ofrecerte, mi amor. Follarte hasta que me ruegues que pare porque seas incapaz de soportar un solo orgasmo más –se relame

sus labios carnosos, y mi polla da una sacudida.

–No quiero ser una muesca más en tu lista de conquistas.

–No...¡No! Tú eres única, ángel. No sé qué tienes, pero no puedo dejar de pensar en ti. No duermo, no como preguntándome dónde estarás, o qué estarás pensando. Créeme, jamás serás una más, eres única. Jamás consigo recordar a ninguna de mis amantes más de una semana, pero a ti sé que no

voy a olvidarte nunca.

–No sé qué gano yo con todo esto... es una locura.

–Ganarás la noche más maravillosa de toda tu vida, pero también ganarás la oportunidad de explorar tu sexualidad y conocerte mejor a ti misma.

Ganarás veinticuatro horas de placer.

Me mira con esperanza y deseo, y sé que acabo de ganar la batalla. Tan solo le falta un pequeño empujón, un pequeño adelanto de lo que podrá obtener de mí si accede a mis deseos.

Aprisiono su cuerpo con el mío, que ya está excitado solo con pensar en todo lo que quiero hacerle. Restriego mi polla contra su sexo, arrancándole un gemido suave y un estremecimiento. Sus ojos se entrecierran, sus pechos se elevan debido a su respiración entrecortada, y su boca se entreabre para tomar aire. Y yo aprovecho ese instante para invadirla con mi lengua, que ávida de

su sabor recorre la cavidad descubriendo sus puntos débiles, descubriéndola a ella, que se retuerce contra mí de manera inocente, y se agarra a mis hombros con fuerza cuando su lengua comienza el ataque.

Me enciende... Mmm, cómo me enciende que tome el control de esa manera tan dulce e inocente. Mis manos arden por el deseo de tocarla, pero si lo hago me la follaré aquí mismo, y no es eso lo que quiero.

Me separo suavemente de ella, abandono su boca, y aparto sus manos de mi piel para darle un suave beso en cada una de sus palmas. Ella respira como si hubiese corrido una maratón. Sus pupilas están completamente dilatadas, sus mejillas sonrosadas, y sus labios, hinchados por el roce de mi barba de tres días, van a volverme loco. Pero recupero la compostura y le tiendo la mano mirándola a los ojos.

—Quédate conmigo y te mostraré un placer como nunca antes has experimentado.

—Estoy a punto de cometer la estupidez más grande de toda mi vida... pero lo haré, aunque no hoy. Hoy es imposible.

—¿Por qué demonios no?

—Tú quieres veinticuatro horas conmigo, y mañana tengo que trabajar.

Deberá ser el próximo fin de semana, que descanso ambos días.

—No sé si voy a ser capaz de aguantar hasta el fin de semana, preciosa, llevo deseándote demasiado tiempo para mi gusto.

—Es lo que hay. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo, gatita salvaje —le susurro al oído mientras mi mano se cuelga por el elástico de su biquini—, pero antes voy a darte algo en lo que pensar hasta entonces, para que no te echés atrás.

Le deslizo la prenda por sus piernas y la lanzo al aire, no sin antes oler su aroma, una mezcla dulce y algo picante que hace que mi polla salte deseando

impregnarse en él.

Con el dedo corazón recorro su abertura, que descubro tan húmeda que sus jugos resbalan sin compasión por sus muslos desnudos. Continúo acariciándola suavemente, apenas introduzco la yema de mi dedo en su canal para repartir su flujo por su clítoris, que ya sobresale hinchado y esponjoso.

–¡Oh, Dios, sí!

–Eso es, nena... córrrete para mí.

–Así... sí, ¡no pares! Dios mío, ¡me encanta!

De un solo empujón introduzco el dedo por completo dentro de su coño, y ella grita extasiada y se agarra a mi cuello con fuerza. Continúo el movimiento un poco más, dentro fuera, dentro fuera, y cuando sus caderas se bambolean en respuesta, introduzco otro dedo... y otro más. Sus manos vagan por mi cintura para quitarme el bañador, pero se lo impido, no voy a dejarla tocarme hasta tenerla a mi merced.

–No, gatita... las manos quietas.

–Necesito... ¡Dios, necesito tocarte!

–No vas a hacerlo hasta que te tenga debajo de mí en mi cama. Yo no tengo lo que quiero, así que tú tampoco.

–¡Por favor!

–Shh... Tranquila, gatita... Relájate y disfruta.

Mi boca navega por su mejilla hasta su cuello, delicioso, como toda ella.

Succiono un poco, lo justo para marcarla, y su gemido de placer casi consigue que pierda el poco control que me queda y me la folle allí mismo.

Le bajo bruscamente la parte de arriba del biquini, rasgando un poco la tela, y me apodero de su pezón enhiesto, que pide a gritos que lo recorra con mi lengua.

Lo rodeo suavemente una, dos, tres veces, para luego morderlo despacio y soplar un poquito sobre él, todo esto sin cesar mis movimientos dentro y fuera de su delicioso coño caliente.

–¡Oh... sí! ¡No pares! ¡Sigue! –me grita entre jadeos.

–No pienso hacerlo, bombón.

Arraso su boca con la mía, pellizco su pezón con mi mano libre y al movimiento de mis dedos añado el roce de mi pulgar contra su clítoris. Se corre violentamente, gritando extasiada, llorando de puro éxtasis, y cae desmadejada entre mis brazos.

Dios... cómo me gustaría empotrarla contra una pared y follármela hasta mañana, hasta que mi mente y mi polla quedasen saciadas por completo. Pero me conformo con lamerme los dedos embadurnados en sus jugos mirándola con hambre, con deseo, consiguiendo que ella se excite otra vez.

–Acuérdate de esto cuando estés sola en tu cama estas seis putas noches, bombón, porque yo voy a tener que matarme a pajas hasta el sábado.

–¡Ay Dios! Eres cruel –susurra conmovida.

–Créeme, ángel... yo voy a pasarlo mucho peor que tú. Te lo aseguro.

–No sé si creerte.

Una sonrisa maliciosa escapa de mis labios. Si ella supiera... Me acerco y le doy un casto beso en los labios antes de alejarme de ella de nuevo.

–El sábado a las ocho de la mañana serás mía durante veinticuatro horas.

Vamos, te llevaré a casa.

Hacemos el camino de vuelta en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando la dejo en su casa solo me doy el gustazo de besar de nuevo su dulce boca.

–Descansa, Gabrielle, vas a necesitarlo. Hasta el sábado.

–Hasta el sábado.

Me marcho con una sonrisa de satisfacción en los labios y una erección de mil demonios, pero sé que no va a poder dejar de pensar en mí en todo este tiempo.

Llego a casa frustrado por no habérmela podido follar como quería: duro y hasta el fondo.

Me deshago de la camiseta, que se me pega a la piel de manera asfixiante, pongo en el equipo de música algo de Heavy, como mi estado de ánimo, y me meto en el cuarto de baño. Necesito ya una ducha de agua fría.

Me quito el bañador y me meto bajo el chorro de agua helada, que calma un poco la fiebre que siento por ella, aunque no lo suficiente. Me enjabono los pectorales y por mi cabeza pasa la imagen de las manos de Gabrielle recorriendo mi piel, acariciando mi pecho, perdiéndose entre mis muslos... Con un gemido frustrado, me siento en el asiento del hidromasaje y comienzo a acariciarme despacio, arriba y abajo, imaginando que son sus manos las que me tocan, su boca la que me succiona. Mis manos aprietan mi polla, dura, enhiesta. Con cada pasada el placer se vuelve más intenso, más apremiante.

Gemidos de puro placer escapan de mi garganta, pero no es suficiente, necesito mucho más, la necesito a ella, y con la mano que tengo libre aprieto mis huevos lo suficiente para acercarme más y más al orgasmo.

Pero se me ocurre algo mucho, muchísimo más placentero. Me pongo de pie en la ducha y enciendo el hidromasaje vertical. Uno de sus chorros impacta directamente en mis testículos... ¡Oh, sí! Ahora sí.

Me masturbo apretándome con fuerza la polla, disfrutando de la presión del agua al impactar un poco más abajo. Estoy tan cerca... la cara de ella aparece en mi cabeza, absorba en el placer, y el orgasmo me arrasa, mi polla se convulsiona llenando de semen toda la pared.

Me dejo caer al suelo, desmadejado. La intensidad del orgasmo me ha dejado sin fuerzas, pero sigo sin estar saciado. La imagen de Gabrielle vuelve a llenar mi retina. La veo arqueada llevada por el placer, riendo en el agua.

Pero la imagen que me marcó para siempre es la de ella bajo la lluvia.

No sé por qué, pero no puedo apartar esa mente de mi cabeza. Sé que solo lo conseguiré enterrándome en ella.

Capítulo 4

Son las cinco de la mañana y no he podido pegar ojo. Aún quedan un par de horas para que deba ponerme en marcha, pero mi cabeza no deja de darle vueltas a lo que va a suceder hoy con ella.

Ha sido la peor semana de mi vida. No he podido concentrarme, no he sido capaz de sacarla de mi cabeza. Ni siquiera he tenido valor de buscar a otra mujer que calme mis ansias hasta que vuelva a verla.

Gabrielle se me ha metido bajo la piel, de eso no hay duda. He fantaseado con follármela de mil maneras distintas, con oírla gritar mi nombre en pleno orgasmo, con sentir sus uñas clavadas en mi espalda.

Me he masturbado tantas veces que he perdido la cuenta. Jamás lo había hecho, nunca tuve necesidad. Pero desde que esa mujer entró en mi campo de visión me he vuelto inservible para cualquier otra fémina.

He tenido más que tiempo suficiente para preparar las mejores veinticuatro horas de su vida... y de la mía. Tan solo con pensar que en poco menos de tres horas estaré enterrado en su coñito prieto y anhelante me pongo duro como una roca.

Casi sin darme cuenta mis manos han apresado a mi pene entre ellas, otra vez, y se menean arriba y abajo por su tronco, apretándolo más y más, y el placer me recorre por entero. Imaginar su boquita de fresa rodeando mi polla con placer me acerca más y más a la locura, y con un par de pasadas más me corro, aunque me quedo insatisfecho, porque sé que solo ella será capaz de llevarme al paraíso.

Me levanto de la cama dispuesto a darme la primera ducha fría del día. Lo he preparado todo al milímetro para explorar el placer con ella. No quiero que nada se estropee después del trabajo que me ha costado convencerla de que

acceda a pasar un día conmigo. Normalmente es suficiente con un polvo, pero no sé por qué quiero pasar más tiempo con esta mujer. Quizás sea el reto que ha representado para mí, acostumbrado a tener a la mujer que me venga en gana con solo chasquear los dedos.

Salgo de la ducha y me arreglo a conciencia. He escogido mi atuendo minuciosamente para provocarla con los cinco sentidos, y voy a hacer uso de mi atractivo en primer lugar. Unos pantalones de corte inglés, una camisa abierta con las mangas subidas hasta medio antebrazo y un par de botones desabrochados. Un poco de perfume para despertar su olfato, y ya estoy listo para mi asalto sensual.

Una vez listo, lo preparo todo para cuando lleguemos a mi casa. Otra novedad, pues ninguna mujer ha pisado nunca mi santuario, pero con ella tengo la imperiosa necesidad de traerla a mis dominios, como un lobo acorralando a su presa. De aquí no podrá, ni querrá, escapar.

Llego a su puerta media hora antes de lo acordado, así que decido tomarme un café en el bar de enfrente, pero mi mirada se cruza con la suya cuando levanto la vista y la veo asomada a la ventana.

Dios... la necesito ya, en este mismo instante. Me apoyo en el coche a esperarla, y cuando sale del edificio me deja absolutamente sin respiración. Lleva un minúsculo vestido negro que deja poco o nada a la imaginación, y unos tacones rojos de aguja que me incitan a follármela únicamente con ellos puestos. Apenas se ha maquillado, solo sus labios rojos como fresas maduras tienen un toque más de color.

Nada más tenerla a mano la cojo por la cintura y acerco su cuerpo al mío. Mi boca recorre la suya suave, sutilmente, rozándola apenas, con mi aliento susurrando entre ellos, embriagándome de su olor, una suave fragancia floral tan inocente como ella. Recorro con las palmas de las manos su espalda desnuda, deseando verla arquearse con su primer orgasmo del día.

–Dios, nena... estás impresionante. ¿Has desayunado? –Pregunto en un suave murmullo.

Niega tímidamente con la cabeza, así que sonrío y tiro de ella en dirección a

la cafetería. Es imposible dejar de mirarla, mi pequeño ángel se ha convertido en una diablesa sensual... aunque bajo la superficie sigue siendo la misma inocente que me he propuesto corromper.

–¿Qué? –Me pregunta sonriendo–. No dejas de mirarme. Me pones nerviosa.

–Te miro porque estás tan condenadamente sexy que te juro que de no ser porque nos detendrían por escándalo público te tumbaría sobre la mesa y te follaría con fuerza.

–Gracias... creo.

Su respuesta me arranca una carcajada. Solo ella es capaz de convertir una provocación directa en un cumplido cortés. En cuanto nos subimos al coche mi mano se desliza lentamente por su muslo, levantando la poca ropa que lo cubre, para descubrir con un gemido que la muy descarada no lleva ropa interior.

–Vaya, gatita... has logrado sorprenderme. Creí que llevarías encaje debajo de ese vestidito tan sexy.

–No voy a permitirte que me rompas la ropa interior, y después de lo que pasó el otro día en la playa sé que sería así.

–Estoy plenamente satisfecho con tu decisión, preciosa. Veamos cómo puedo sacar partido de esto.

Deslizo mis dedos por su monte de Venus, enredándome en sus rizos suaves como la seda, con lo que consigo que se tense en su asiento y se le escape un gemido.

–¿Puedes tener tu atención puesta en la carretera? –me suplica en un intento de que termine con mi avance– Vamos a estrellarnos.

–Aunque soy un hombre puedo hacer dos cosas a la vez, bombón. Y la que se está excitando eres tú... yo aún estoy sereno.

No me lo creo ni yo... tengo el miembro tan duro e hinchado que me molesta el roce del pantalón, pero ella no tiene por qué saberlo. Le sonrío diabólico,

pero no aparto mi mano de su sexo, que comienza a humedecerse poco a poco.

Continúo con mi asalto, y recorro su abertura suavemente, sin llegar a tocar su clítoris. Introduzco mi dedo en su canal empapado, que lo succiona con ansia, y extendiendo su jugo por el pequeño botón, haciendo que ella se retuerza y gima como loca.

Mmm... Qué ganas de follármela a pelo. Antes de verla arrasada por el clímax llegamos a mi casa, pero no soy tan cruel como para dejarla en ese estado, y en cuanto meto el coche en el garaje me vuelvo hacia ella y devoro su boca al mismo ritmo, duro y salvaje, que siguen mis dedos entrando y saliendo de ella.

–Vamos, nena... córrete para mí.

–¡¡¡Dios... sííí... no pares.... Dioooooossss!!!

Su cuerpo se tensa, se convulsiona, su coñito caliente exprime mis dedos, y un gemido entrecortado sale de sus labios cuando la sacude el primero de los orgasmos que tengo planeados para ella.

Sale del coche con paso tembloroso, y la aprisiono contra una columna para besarla y restregarme contra ella.

–Este ha sido el primero de muchos, pequeña. Te voy a llevar al orgasmo tantas veces que cuando termine contigo vas a tener que dormir una semana entera para recuperarte.

–Por favor... para. Vas a conseguir que me excite de nuevo.

–Esa es la idea, nena. Te prometí veinticuatro horas de placer, que no se te olvide.

–Desde el otro día no puedo olvidarlo.

Tiro de ella hacia el ascensor y vuelvo a besarla, y coloco sus manos sobre mi pecho, instándola a que me toque. Necesito sentir sus delicadas manos por todo mi cuerpo, estoy a punto de reventar.

Comienza a acariciarme tímidamente, toques suaves, inseguros, y enciende mi sangre como ninguna mujer ha conseguido con caricias más estudiadas. La agarro fuerte del culo, y la acerco a mi cuerpo para sentirla, para rozar cada centímetro de piel que tiene a descubierto. Pero pronto el ascensor se para y las puertas se abren en mi piso.

Aunque la idea principal era diferente, en cuanto entramos en mi apartamento la empotro contra la puerta cerrada y hago que me rodee con sus largas piernas de alabastro, me desabrocho el pantalón y hundo mi miembro caliente en su dulce coño.

–¡Oh... joder, nena... qué bien se siente!

–¡Ay Dios... que rico!

¡A la mierda la protección! Sé que yo estoy limpio, y apuesto toda mi fortuna a que ella también lo está, y ¡joder! Ahora mismo me encuentro en el paraíso.

Comienzo a hincarme en su interior fuerte, duro, y de su garganta escapan gritos ininteligibles que me ponen a mil por hora.

–¡Ah, Dios, Sí! ¡Así... justo así!

–Eso es, muñeca... vamos, mírame.

–¡Dios... Sí! ¡Joderrrr qué gusto!

Sus ojos azules se clavan en los míos cuando el orgasmo la arrasa, con sus pupilas dilatadas, brillantes de pasión, y yo la sigo poco después, no antes de salir de ella y derramar mi semen en la alfombra. Me ha dejado seco... y joder, plenamente saciado, al menos por ahora, como nunca antes había logrado sentirme.

Tiro de ella hasta el cuarto de baño, y una vez he puesto a llenar mi enorme bañera, comienzo a desnudarnos a ambos. Sus manos temblorosas por los vestigios del orgasmo desabrochan mi camisa lentamente, y cada porción de piel que deja al descubierto la recorre con sus labios... sus besos suaves van a acabar con mi cordura.

Me siento con la espalda apoyada en la pared y la coloco a ella entre mis piernas abiertas. En este mismo instante me apetece lavarle su sedoso cabello, que tiene pegado a la cara debido al sudor.

Recorro su cuero cabelludo con las yemas de mis dedos, y sonrío cuando ronronea como la gatita traviesa que es. Mis manos jabonosas recorren suavemente el valle entre sus senos, bajando por su estómago, su ombligo... enredándose en los rizos sedosos que me vuelven loco. Ya estoy cachondo perdido, mi polla se clava en su espalda cada vez que mueve sus caderas buscando el toque exacto, el roce que aún no le voy a proporcionar.

Con un suave movimiento, la siento a horcajadas sobre mí para que su coñito sediento se roce contra mi miembro anhelante, deseoso de enterrarse en ella de nuevo. Esta mujer va a volverme loco por completo... cuando sus brazos rodean mis hombros y su boca traviesa se apodera de mi cuello, el mundo se tambalea a mi alrededor.

–¡Oh, Dios, nena...! Me vuelves loco...

Restriega su rajita traviesa contra mi erección, y sus gemidos me llevan al borde de la locura. No puedo esperar más, levanto sus caderas y me entierro en ella de nuevo, su canal es mi paraíso particular, el único lugar donde me he sentido alguna vez a salvo. Sus pechos se bambolean frente a mi cara, y mi lengua diabólica recorre sus pezones con cada movimiento, arrancándole gemidos que me calientan la sangre al límite.

–¡Dios bendito! Sigue así... ¡me encanta! –gime en mi oído.

–¡Eso es, cielo! ¡Vamos... estrújame bien! ¡Joderr!

–¡Oh Dios... no puedo más!

–Vamos, preciosa, dame tu orgasmo... ¡dámelo ya!

Mi orden ahogada desencadena su clímax, violento, descarnado, estrujando mi polla erecta, ordeñándome hasta que de un brusco movimiento me salgo de ella y me corro en el agua ya fría.

La saco del baño y la llevo a la ducha, me deshago de los restos de nuestro deseo entre risas y caricias y la llevo a la cama, cubierta de sábanas negras de satén.

Cuando su cabeza toca la almohada, se queda dormida con un suspiro satisfecho.

Voy a dejarla descansar el tiempo justo de preparar la comida, que va a contribuir a despertarle los sentidos de nuevo, a excitarla nuevamente.

Cuando llego con la bandeja al dormitorio, mi pequeño ángel disfrazado de diablesa está profundamente dormido. Resigo su perfil suavemente con el dedo, y ella sonríe en sueños. La despierto con besos suaves en su espalda, y ronronea sonriente.

–Vamos, dormilona, a comer.

–¿Comer? –Su cara de sorpresa me arranca una sonrisa.

–¿Acaso creías que iba a matarte de inanición? Para lo que te tengo preparado necesitas energía, preciosa. Vamos, siéntate.

Se apoya en el respaldo de la cama con las piernas cruzadas y la sábana hasta la barbilla, y para mí no puede estar más dulce, más deseable que en ese momento. Un cosquilleo extraño sube por mi espalda, y de pronto siento unas ganas irrefrenables de cuidarla, protegerla, mimarla.

La comida que he preparado es sencilla y destinada a seducirla, para comerla con las manos, o sobre su cuerpo, si me deja. Le acerco una jugosa ostra a los labios, y su lengua la atrapa traviesa. Sus ojos se cierran fruto del placer, y recojo los jugos del molusco que han quedado en sus labios con mi lengua, arrancándole un gemido, y arrancándomelo también a mí. Si sigo por este camino no terminaremos la comida, y estoy ansioso por llegar al postre.

Tras terminar con las ostras entre besos y caricias sutiles, pasamos al siguiente plato, unos canapés variados. Ella se adelanta, y sostiene uno de ellos ante mis labios, que tras ingerir el delicioso bocado chupan sus dedos, succionan las yemas con cuidado, para saborear el caviar adherido.

Mi cuerpo no puede más, pero no voy a dejar que mi libido se cargue todo el juego que tengo preparado. Hago que Gabrielle se tumbe y se destape. Sigue gloriosamente desnuda, algo que me complace sobremanera.

—Ahora voy a saborear el mejor plato... a ti.

Coloco pequeños canapés a lo largo de su cuerpo, y comienzo a comérmelos despacio, rozando su piel con la lengua cada vez que devoro uno de ellos. Los gemidos que salen de sus labios me están volviendo loco, y antes de darme cuenta tengo la cabeza enterrada entre sus muslos, saboreando su abertura, caliente, húmeda, sedosa.

—¡Oh, sí! ¡Ay, Derek, sigue!

Sus gritos están haciendo estragos en mi cordura, no puedo más, necesito estar de nuevo dentro de ella, pero mi ángel me sorprende dándose la vuelta e introduciéndose mi polla por completo en su preciosa boquita.

—¡Oh... joder... nena!

Su lengua juguetea con la punta de mi miembro, y me impide concentrarme en lamerla. Pero necesito hacerlo, y hundo mis dedos dentro de su coñito prieto a la vez que con la lengua acaricio su clítoris hinchado.

Va a volverme loco... esa boca fue hecha para pecar, maldita sea. Me chupa como nadie antes lo hizo, tragándose mi polla hasta la campanilla, succionándose hasta la locura. Y esa mano traviesa que me acaricia los testículos suavemente...

—¡Vamos, nena, joder, sí! ¡Cómemela... eso es... justo así!

El orgasmo me arrasa, intento apartarme, pero ella me lo impide, y se traga mi semen relamiéndose traviesa. Y en ese momento pienso que es la única mujer capaz de matar a mis demonios.

Hundo de nuevo mi boca en su coño, necesito verla correrse, necesito ser yo quien la lleve al éxtasis, y comienzo el asalto con mi lengua.

–Mmm...Sí... ¡Qué rico... Dios, sí! ¡No pares... Derek... no pares!

El orgasmo la arrasa, siento sus fluidos inundar mi lengua, y juro por Dios que aún no la siento lo suficientemente cerca.

Tras un pequeño descanso, voy directamente por el postre: melocotones con crema. Empapo un trozo de fruta en la deliciosa crema y la acerco a sus labios entreabiertos. Los gemidos que salen de su boca al saborear el postre me están volviendo a excitar, pero quiero alargar el momento todo lo que pueda. Devoro sus labios, saboreo el dulce postre dentro de su boca caliente y paseo mis labios lánguidamente por los suyos para recoger todo resquicio de crema. Con un segundo trozo de melocotón, trazo un camino cremoso desde su cuello hasta su ombligo, y lo borro con mi lengua, sin dejar de mirarla a esos ojos que me hipnotizan, me pervierten. Ella arquea la espalda buscando más, y no dudo en embadurnar sus pechos con el postre, que está frío y despierta sus crestas rosadas.

Succiono ansioso sus pezones, quiero devorarla, absorberla, hacerla mía por completo. Cuando muerdo la rugosa punta con más fuerza de la que ella espera, salta con un jadeo ahogado, pero aprieta mi cabeza contra su seno, señal de que le ha gustado.

Mojo mis dedos en la crema y la paso por su sexo, que ya está mojado, ansioso, ardiente, para borrarla después a lametazos certeros, que desatan sus gemidos. Pero me he vuelto más osado, y con otro trozo de melocotón, introduzco un poco de crema helada en su coñito justo antes de empalarla con fuerza. Dios... la sensación es... indescriptible. El frío de la crema contrasta con el calor que emana de su cuerpo, y mi polla va a entrar en combustión debido a tanto placer.

Comienzo a moverme despacio, con parsimonia, y sigo alimentándola con mi

boca, pasándole pequeños trozos de fruta que devoramos juntos, alternados con suaves besos. Pero la sangre se enciende, la mía y la de ella, y el lento movimiento no es suficiente, no llega a saciar el hambre que ambos sentimos, así que la levanto de la cama, sentándola sobre mí, que he terminado de rodillas, y la insto a que se mueva, a que busque nuestro orgasmo.

Ella se agarra fuerte a mis hombros, me clava sus uñas cinceladas, y comienza a moverse arriba y abajo, cada vez más y más rápido. Su cuerpo se arquea, su sexo se tensa hasta que consigue explotar cuando el éxtasis la recorre de los pies a la cabeza. No puedo más, necesito hacerlo fuerte, así que la arrastro hasta apoyarla en mi escritorio y la embisto con fuerza, desde atrás, dejando su torso apoyado en la mesa y apoyando mis manos en su espalda.

Comienzo a mecerme dentro de ella con fuerza, mi polla roza el final de su sexo, ella grita llevada por la pasión, yo gruño como un animal en celo. Estoy tan cerca... pero necesito que se corra, que me estruje como solo ella sabe hacerlo, así que salgo de su interior y sentándome en la alfombra me como su coñito empapado, delicioso, jugoso, dulce... ¡este coño va a volverme loco, joder!

Sus piernas se tensan, señal de que se acerca el orgasmo, y me sitúo de nuevo tras ella para enterrarme en su calor, una, dos, tres embestidas y su coño se convulsiona, me ordeña. Su cuerpo se estremece, su garganta gime, y me catapulta a un orgasmo más intenso que el anterior.

Me derrumbo sobre ella en la madera, y de sus labios sale una carcajada que me contagia, y acabamos los dos retorciéndonos en la alfombra. ¿Qué ha sido eso?

No sé qué me pasa, pero me siento realmente bien... estoy... feliz. No sé qué tiene esta mujer que me vuelve loco, me intriga, me hace desear cosas que no conozco, me da pánico.

Y aquí estoy yo, tumbado de nuevo sobre ella, comiéndomela a besos, porque es lo que me pide el cuerpo en este preciso instante. Sus brazos me rodean con suavidad, y sus manos me acarician con dulzura, erizándome la piel, despertando sensaciones nuevas en mi vientre.

Capítulo 5

Abro los ojos desorientado para descubrir que es media tarde. Mierda, debí quedarme dormido. Me giro para descubrirla dormida con la mejilla apoyada en su mano, un ángel que está consiguiendo que mi sangre lasciva se calme.

Acaricio con dulzura su mejilla, y sus pestañas aletean sobre sus marfileñas mejillas al tiempo que su boca dibuja una sonrisa adormilada. Acaricio esa boca con mis labios, un suave roce de bienvenida, pero lo que tengo planeado para el resto de la tarde no está relacionado con la cama.

–¿Has dormido bien?

Su pregunta me sorprende, nadie se había preocupado por mí nunca, y una ternura inmensa se apodera de mí, arrancándome una sonrisa tierna.

–Creo que nunca había dormido tan bien en mi vida. Vamos, levanta.

–¿A dónde vamos?

–A dar un paseo. Me apetece salir de aquí, ¿a ti no?

–Claro que sí.

Tiro de ella hacia la ducha para saciarme de ella antes de salir. Dejo que mis manos jabonosas resbalen por su cuerpo, se pierdan entre sus muslos, recorran su espalda y aprieten su cuerpo contra el mío aupándola por el culo.

–Derek...

–Lo sé, cielo. Tranquila.

La pongo de espaldas a mí, apoyada en la pared, y levanto una de sus largas piernas hasta apoyarla en el banco. Queda abierta, expuesta, y tan deseable...

Enciendo el hidromasaje y le arranco un grito cuando el agua se estampa directamente en su coño... acariciando su clítoris y humedeciendo su entrada.

–¡Oh... jodeeeeer!

–Te gusta, ¿verdad?

–¡Sí!

–Pues esto te va a volver loca.

Me introduzco en ella lentamente, y ahora el que grita soy yo. Sentir su sexo estrujándose, acompañado del impacto del agua en mis testículos, van a llevarme al orgasmo sin tan siquiera moverme.

Me agarro a sus preciosos pechos, y los pellizco al unísono a la vez que me mezo dentro de ella. Mis embestidas comienzan siendo lentas, mis caricias meros roces en sus pezones enhiestos, pero conforme voy aumentando el ritmo, pellizco con mis dedos sus crestas, haciendo que se arquee, que me muestre esa curva deliciosa que es mi perdición.

–¡Oh...sí... Derek... fóllame!

–Te gusta, ¿eh? Vamos, gatita... muévete conmigo.

Sus caderas empujan hacia atrás, haciendo que mis embestidas sea profundas, hasta el límite, y pronto su cuerpo se convulsiona, apoya la cabeza en mi hombro y grita arrasada por el orgasmo.

Continúa echándose hacia atrás con movimientos secos, certeros, y me lleva al orgasmo una vez más. Cuando salimos de la ducha, la seco suavemente y con un dulce beso en los labios la siento en la cama.

Me dirijo al armario con paso decidido y saco un vestido vaporoso y unas sandalias cómodas que he comprado para ella.

–¿Qué es eso? –pregunta recelosa.

–Un regalo. Póntelo.

–No deberías... no... –la silencio con un beso suave.

–Cariño, no querrás pasear por la playa con lo que has traído puesto. Cuando vi el conjunto en la tienda me acordé de ti, y me apeteció regalártelo.

–No sé qué decir...

–Solo di “gracias, Derek” –apunto con tono de falsete.

–Gracias, guapo.

–Ahora ven aquí y bésame.

Se acerca con cara de pillina, y abro mis brazos dispuesto a envolverla con ellos, pero la sonrisa se congela en mis labios cuando se pone de rodillas y besa la punta de mi polla, que entra en combustión. Un siseo escapa de mis labios cuando cojo su pelo en un puñado y echo la cabeza hacia atrás.

–Gracias –susurra antes de introducirse entero en la boca.

¡Oh, joder! Qué bien la chupa... mmm... como siga así voy a correrme ya. Su lengua acaricia mi polla un segundo antes de metérsela de nuevo en la boca. Con una mano la sujeta por la base para poder acceder mejor, y con la otra acaricia mis huevos con suavidad.

¡La madre que me parió! ¡Qué bien lo hace la condenada! Succiona mi miembro con avaricia, me estruja, me devora, me enciende. Mi polla se revoluciona, mi cuerpo se tensa, las piernas no me sostienen. Me sujeto a su cabeza en un intento por mantenerme de pie, pero mis manos toman el control y dirigen a mi precioso ángel, enseñándole cómo hacerlo, cómo llevarme al orgasmo.

Voy a correrme... estoy a punto de hacerlo. La aparto suavemente para no llenarle la boca de semen, pero ella vuelve a acercarse, a succionarme más fuerte, y los jadeos se escapan de mi boca con cada recorrido, con cada toque de su lengua.

Mi cuerpo se tensa, y solo puedo gritar “¡joder, nena!” cuando el orgasmo me arrasa. Ver como se relame el semen que se ha escapado de sus labios me va a llevar a la locura.

De un solo movimiento la levanto en brazos y la siento sobre el escritorio. Le abro las piernas al límite, y me siento en la silla para darme un festín con su coño, que está anegado en sus jugos deliciosos, que bajan por sus muslos. Entierro mi cara en él, y mi lengua hace estragos en su clítoris, en su canal, en su clítoris de nuevo. Sus manos me sostienen la cabeza pegada a su sexo, y la muevo suavemente a ambos lados para que mi barba raspe su piel lo justo para arrancarle un gemido.

–¡Más! –susurra entre jadeos.

Por nada del mundo voy a parar ahora. Introduzco dos dedos dentro de ella, y los curvo ligeramente, alcanzando el punto exacto para que se convulsione en un orgasmo. Pero no pienso detenerme, y continúo mi asalto con los dedos a la vez que le muerdo ese clítoris hinchado, rosado, jugoso... antes de que se haya recuperado del primer orgasmo está siendo sacudida por el segundo, y subo besando su piel hasta su boca, que jadea, que me devora, que me marca.

Media hora después paseamos por el paseo marítimo cogidos de la mano.

Hablamos de ella y de mí. Sonreímos como idiotas, yo imaginando lo que pasará después, ella quizás recordando lo que ha pasado.

Pero mi demonio interior no quiere estarse quieto, y vuelvo a desearla de nuevo, con ganas, con lujuria. Verla así, relajada y contenta, está consiguiendo que necesite hacer que se convulsione entre mis brazos.

La llevo entre las rocas y la beso con fuerza, mi mano se cuela por la falda y acaricio su piel desnuda, fría por la brisa. Mis dedos alcanzan su culito prieto, amaso su carne apretándola contra mi erección. Un dedo explorador se pasea por su rajita, que ya está mojada. Está lista de nuevo, y ¡qué diablos! Yo también lo estoy.

La levanto en peso, y rodea mi cintura con las piernas. Joder, me ha puesto a mil, me importa una mierda que alguien nos vea, necesito follármela ya. Introduzco mi polla suavemente dentro de ella, y comenzamos el vaivén. Me bebo sus gemidos, la aprieto fuerte contra mi cuerpo, la empalo cada vez más y más fuerte, hasta que se convulsiona entre mis brazos y me muerde fuerte en el hombro, lo que me arrastra a un orgasmo increíble.

Con suavidad la pongo en el suelo, y limpio sus muslos con un pañuelo.

–¿Qué estás haciendo conmigo? –susurra entre mis labios.

–Llévate a la locura, espero –le contesto sonriendo.

–¡Dios! Podría habernos visto cualquiera...

–Pero no ha sido así, y además ha sido un polvo de primera. No le des más vueltas.

–Pero Derek...

Acallo sus protestas con un beso y nos dirigimos paseando al restaurante. He reservado una mesita apartada del mundo para poder provocarla a mis anchas, y el camarero nos acompaña solícito.

En cuanto se marcha, mi mano se pasea insolente por su muslo desnudo, y ella salta, abochornada, e intenta apartarla de un tirón. No puedo más que sonreír por su aspecto, tan cohibido, tan... angelical. Continúo con el asalto, subiendo más, y más...

hasta que el camarero se acerca y aparto mi mano como si nada.

–Derek, ¿vas a estarte quieto? Me estás poniendo nerviosa –me espeta cuando este se ha marchado.

–Lo siento, cariño, no puedo evitarlo.

–Eres un auténtico demonio.

–A estas alturas ya deberías tenerlo claro.

Comenzamos a comer, mis manos ya quietas. Siento como una de sus manos juguetonas abre la cremallera de mis pantalones y se cuelga por la abertura.

–Señorita... compórtese –le digo bromeando.

–Ya lo hago –contesta sonriendo.

–Eres una perversa...

–Tengo un buen maestro.

Su mano exploradora acaricia mi miembro con la palma abierta, y hace que me ponga duro, enhiesto, deseoso de enterrarme de nuevo en ella. Pero a este juego podemos jugar dos, y mi mano vuelve a su coñito, acariciándola con

parsimonia, como si nada ni nadie fuese a pararme.

Sigo atormentándola durante un rato más, y cuando sus flujos comienzan a correr por sus piernas le abro los muslos y le introduzco las bolitas que he llevado todo este tiempo en el bolsillo.

–¿Qué...

–Shh... Calla y obedece.

–¿Qué demonios...?

–Te va a gustar. Confía en mí.

–Eso es trampa.

–Nunca he dicho que juegue limpio.

Se mueve incómoda los primeros minutos, aunque se conforma y comienza a comer. Pero el tenedor cae sobre el plato con un estruendo cuando acciono el mando y las bolitas demoníacas comienzan a vibrar dentro de su coño.

–¡Joder! –gime ante la impresión.

–Esa boca... preciosa. No querrás que todos se enteren de lo que pasa...

¿verdad?

–¿Te has vuelto loco? Quítame eso ahora mismo.

–Ni hablar. Veinticuatro horas de placer, ¿recuerdas? Eso se queda donde está.

Continúo comiendo como si no pasara nada, pero mi sonrisa perversa me delata, cada vez que ella se remueve, gime o se convulsiona recorrida por un orgasmo. Me mira con fastidio, pero sé que cuando me pille a solas va a vengarse de mí, y eso me pone tan cachondo...

Conseguimos terminar la cena sin incidentes y cogemos un taxi para llegar a casa. Pero no puede esperarse ni un solo minuto, y en el ascensor me coge de las solapas de la camisa y me besa con pasión descontrolada.

–Mmm... gatita ardiente... tranquila.

–¿Tranquila? ¿En serio crees que puedo estar tranquila después de lo que me has hecho?

–Te ha gustado, reconócelo.

–¡Sí! Por supuesto que me ha gustado, Derek, pero...

–Entonces cállate y bésame.

Se me abalanza de nuevo para devorarme. Dios... cómo me gusta su vena salvaje. Salimos a trompicones del pequeño habitáculo y por pura suerte atino a meter la llave en la cerradura.

Apenas cierro la puerta, nos desnudamos con prisa, la tumbo en la encimera de la cocina y me la follo como llevo queriendo hacer toda la noche. Me posiciono entre sus cremosos muslos y de una sola estocada me entierro en ella, igual que mi lengua en su boca, que saquea, devora, succiona su lengua con hambre.

Comienzo a mover mis caderas, dándole estocadas secas, certeras, llegando al límite de mi cordura. Con una mano acaricio sus preciosas tetas, pellizco sus pezones erectos, aprieto su carne sensible. Con la otra mano rodeo su clítoris con cuidado, apenas rozándolo, y lo pellizco con fuerza, haciendo que llegue al orgasmo y me arrastre a mí con ella.

Me derrumbo sobre ella, saciado, cansado, con la respiración acelerada. El latido desenfrenado de su corazón retumba en mi oído, y sus manos suaves recorren mi pelo en suaves pasadas cariñosas, que están derrumbando mis reservas, destruyendo mis demonios.

Levanto la cabeza y la veo mirándome con sus ojos cristalinos, sonriendo, e instintivamente le devuelvo una sonrisa tierna, satisfecha.

–Eso ha sido... –suspira ella.

–Un polvo impresionante –la interrumpo.

Capítulo 6

Me despierta un suave roce en la mejilla. Abro los ojos lentamente y me encuentro con su mirada azul, tan dulce, tan femenina como ella.

–Buenas noches, Derek.

–¿Qué hora es?

–Tranquilo, solo son las doce de la noche, pero es que tengo un poco de hambre.

–Ven –digo levantándome–. Preparemos un sándwich.

Tiro de ella suavemente y la levanto de la cama. Le paso mi camisa por los brazos y le abrocho los botones despacio, rozando su piel con mis nudillos, viendo como se eriza con mi tacto. Me pongo un pantalón de pijama y la llevo a la cocina cogida de la mano.

Preparamos un par de sándwiches entre risas y bromas. No puedo evitar la tentación de mancharle la nariz con crema de cacahuete, para lamérsela después.

Ella me imita embadurnándome una tetilla... y su lengua peligrosa me arranca un gemido sordo cuando elimina la crema.

Jamás había compartido con una mujer un momento tan normal... y a la vez tan íntimo. Preparar un sándwich en pareja es toda una experiencia para mí, y realmente me ha encantado ese momento. Nos sentamos en el sofá a devorar nuestra cena, porque en el restaurante no hemos comido ninguno de los dos, y un silencio reparador nos envuelve.

–¿Quién te hizo daño, Derek? –me pregunta de repente.

La pregunta me pilla por sorpresa. Se ha acercado a la verdad más de lo que

me gustaría, pero me hago el inocente y la miro con el ceño fruncido.

–¿Daño? No entiendo...

–Eres tierno, cariñoso, pero te escudas tras esa máscara de hombre duro e inalcanzable, y quiero saber por qué.

–Nadie me ha hecho daño, Gabrielle. Pero en mi profesión veo tantos divorcios a causa de las infidelidades que han hecho que me plantee mis prioridades. Y prefiero lo que hago a darme cuenta un día que la mujer que me ama tiene el corazón hecho pedazos por mi culpa –es una verdad a medias, pero tiene que servir.

–También puedes ser tú quien salga herido.

–Mírame, Gaby... quiero follar a todas horas. Incluso ahora, estando aquí sentados, me muero de ganas de enterrarme en ti de nuevo. Ninguna mujer puede aguantar eso durante mucho tiempo.

–Si te ama te querrá tal como eres. Además, no creo que sea nada malo que desees a tu mujer.

–El problema es que no deseo a una única mujer, cariño. Nunca lo he hecho.

“Hasta ahora”, me grita mi mente. Solo tengo que decir esas dos palabras y sé que será mía para siempre. ¿Pero es eso lo que deseo? Se supone que con una noche debería bastar, que mañana podré follarme a cualquier otra, pero en mi fuero interno sé que no es así.

Ella se ha quedado cabizbaja, triste, y me parte el alma verla así. Necesito que sea feliz, que se ría, no que esté destrozada por mi lengua viperina.

–Ey... –le digo levantándole suavemente la cabeza– disfruta del momento y no pienses en mañana, ¿de acuerdo?

Asiente con una sonrisa y sigue comiéndose su sándwich. Menos mal, no quería fastidiar el momento de esa manera.

–¿Te apetece ver una película? –pregunto para cambiar de tema.

–¡Claro!

Ni siquiera le pregunto cuál quiere ver, sé perfectamente la que quiero que vea.

Una de miedo, para que se pegue bien a mí y poder así disfrutar de su cuerpo de nuevo. Pero la muy descarada disfruta tanto como yo con dichas películas, y en vez de acurrucarse sobre mí se acerca a la tele y se sienta en la alfombra con el tazón de palomitas en el regazo.

Cada vez me gusta más, ¡joder!... no sé cómo voy a volver a mi vida después de esta noche. Me siento a su lado a ver la película, aunque en realidad solo puedo mirarla a ella, tan preciosa, tan viva, tan... ella.

Es tan distinta a las demás... me desafía, me hace perder el control... pero me sigue el ritmo, es tan apasionada como yo. La miro de nuevo a la cara, y me está mirando, sexy, apasionada, mi pequeña diablesa gatea hacia mí por la alfombra, y a un suspiro de mis labios, tan solo me susurra una palabra.

–Fóllame.

Acabo de quedarme en estado de shock. La preciosa, dulce e inocente mujer que conocí en la parada de autobús ha desaparecido para dar paso a una diablesa con las uñas afiladas...

–¿Cómo has dicho?

–Necesito que me folles, Derek. Fuerte, duro, hasta el fondo.

–Joder, nena... me pones a mil.

La aprisiono entre mis brazos con fuerza, devoro su boca, su cuello, su hombro... succiono el lóbulo de su oreja con cuidado, desatando en ella escalofríos de puro placer. Pero lo quiere duro, y pienso hacer todos sus deseos realidad en el tiempo que nos queda.

La llevo en brazos al dormitorio y la pongo de pie junto a la cama. De un solo tirón arranco los botones de la camisa que se ha puesto, que me encanta como le queda, tapando solo lo justo, dejando las curvas de sus glúteos al

descubierto.

Aprisiono un pecho entre mis dedos y con mis dientes muerdo el pezón sonrosado, chupándolo después, succionándolo para saborear el sabor de su piel.

La empujo para que caiga en la cama y me sitúo a horcajadas sobre ella. Le sostengo las manos por encima de la cabeza y devoro su boca, que se mueve desesperada por la mía, mientras su sexo se restriega por mi polla, que lleva erecta desde que he escuchado la sucia palabra escapar de sus labios.

Del cajón de la mesita saco dos corbatas, y ato sus manos al cabecero. Voy a hacerla retorcerse, desearme como jamás deseará a otro... la sola idea de que otro hombre acaricie su piel me enerva, me provoca, y descarto el pensamiento antes de cometer una tontería.

–Derek... ¿Qué estás haciendo? –me pregunta extrañada.

–Lo quieres duro, pequeña... y es lo que te voy a dar.

–Pero...

–Shh... Tranquila. Déjame seducirte.

Levanto sus piernas hasta apoyar sus tobillos en mis hombros, y mi lengua se pierde entre los pliegues húmedos de su sexo, que clama por aliviar el dolor que siente. Lamo con ímpetu, muerdo su clítoris rozando el límite del dolor, y con un solo movimiento introduzco tres dedos dentro de su coño.

–¡Oh... joder... Derek!

–Eso es... preciosa... vamos... dame ese orgasmo.

Mis palabras desencadenan los espasmos que la llevan al paraíso, y siento sus fluidos inundar mi boca, dulces, calientes... deliciosos.

Me sitúo entre sus muslos abiertos y me empotro en ella con fuerza, hasta el fondo. El Paraíso no puede ser nada comparado con esto... su coñito está caliente, prieto, húmedo... justo como a mí me vuelve loco. Comienzo a

empotrarme en ella cada vez más y más deprisa. Ella intenta moverse, pero las ataduras de sus manos se lo impiden, y se retuerce frustrada entre mis brazos.

–¡Dios... por favor... necesito tocarte!

–No, gatita traviesa... si me tocas el juego terminará antes de que empiece lo bueno.

–¿Lo bueno? ¡Dios! ¡Vas a volverme loca!

Le doy la vuelta de manera brusca y me tumbo sobre su espalda. Muevo mi polla entre sus pliegues, sin entrar, sin darle lo que quiere. Aumento el recorrido de mi miembro hasta su culito prieto, virgen. Su cuerpo se tensa, pero sé que me lo dará si se lo pido.

–Me has puesto demasiado cachondo, ángel... quiero probar este culito delicioso.

–Pero yo nunca...

–Tranquila...

Su cuerpo se tensa, sus piernas se cierran y ese culito provocador se aprieta hasta límites insospechados. Pero necesito entrar en ella, en su culito suave, y follarla hasta el amanecer.

–¿Confías en mí, Gabrielle?

–Claro –susurra.

–Te prometo que no voy a hacerte daño. Voy a hacerlo despacio, ¿de acuerdo? Créeme, te gustará.

Paseo mi lengua por su espalda, lamiendo todas sus pecas, entrando en el hueco de sus dulces cachetes, para pasarla lánguidamente por la abertura de su culo. Lamo su ano despacio, lubricándolo, tentándola a relajarse, y con mis dedos expertos acaricio el botoncito travieso que quiere escapar de su confinamiento.

Sustituyo mi lengua por las bolas chinas que compré para ella, y las introduzco despacio, poco a poco, intentando que se relaje.

Tras lo que parece una eternidad, entra la primera de ellas, y Gaby suspira, no sé si por el alivio o por el placer que le espera. Cuando por fin consigo que ambas bolas estén dentro de su culo, la penetro suavemente y pongo en marcha el mecanismo.

¡Oh, joder! La vibración de las putas bolas se siente más de lo que imaginaba, y hace que follármela sea una tarea titánica. Quiero que esto dure, quiero llevarla al orgasmo tantas veces que pierda la cuenta. Comienzo a moverme despacio, dentro fuera, dentro fuera, pero sus gemidos están a punto de hacerme perder el control.

–¡Oh, Derek! ¡Dios... sí! ¡¡Por Dios... qué rico... me encanta... voy a correrme!!

–Vamos, nena, córrete para mí. Hazme feliz, cielo.

Su orgasmo la arrasa, me estruja, y las bolas chinas vibran tan cerca de mi polla que estoy a punto de correrme con ella. Por eso salgo despacio, y sustituyo mi polla por mi lengua, deleitándome con los flujos de su orgasmo, tan suave, tan delicioso para mí.

Ella no deja de gritar, de convulsionarse, el orgasmo no termina, y con un par de lamidas a su coñito chorreante vuelve a correrse.

–¡Sácalas, Derek! ¡Por Dios, sácalas!

Hago lo que me pide, pero sustituyo las bolas por mi polla, que entra tan... tan despacio... joder, si su coñito es el paraíso, su puto culo es el infierno. Tan apretado... no voy a durar ni un asalto.

Tras lo que me parece una eternidad, estoy enfundado en su culo hasta la empuñadura. Mi respiración se acelera, mi cuerpo se tensa por las ganas de moverme de nuevo.

–Ya está cielo. ¿Te duele?

–No... Es incómodo, pero no me duele.

–Perfecto. Ahora voy a moverme despacio. Si te duele dímelo y paro.

Pego mi pecho a su espalda, y cuelo una mano por debajo de su cuerpo para introducirle un dedo en su canal mientras acaricio el clítoris con el pulgar. Un pollazo, dos, tres... y entro en combustión. Mi pulso se acelera, mis músculos se tensan, de mi garganta surge un rugido... y me corro sin remedio.

Caigo sobre su espalda jadeante, temblando, las emociones han podido conmigo. Llevo toda la noche follándomela, pero esta vez ha sido... diferente. Ahora mismo me siento... perdido. Esa es la palabra exacta. Perdido en su sabor, en su olor... perdido en ella. Y maldita sea si quiero sentirme así.

Le desato las manos y me alejo de ella. Voy a prepararme un café, a ver si se me despeja la mente, aunque sé que no va a servirme de nada. Apoyo las manos en la encimera y deajo caer la cabeza, hundido, perdido en unas sensaciones que jamás habían arrasado mi conciencia, mi alma.

Es la primera vez que mi bestia sale a pasear con ella. He intentado contenerla, he intentado mantenerla presa entre los muros de mi mente, pero escucharla pedirme que la folle ha derribado todas las defensas. Sé que he debido hacerle daño, pero mi pequeño ángel ha aguantado estoica mi rudeza, y yo he caído rendido a sus pies.

Ahora mismo me siento miserable. He utilizado a la única mujer que me ha hecho sentir a salvo como a una vulgar puta, en vez de tratarla como la princesa que es, y sé que eso va a matarme poco a poco.

Ella se acerca por detrás, me abraza y llena de dulces besos mi espalda tensa.
Y

yo me derrito por completo. No sé qué tiene esta mujer, pero va a ser mi perdición.

Me vuelvo despacio, y la envuelvo en mis brazos para besarla con ternura. Una ternura que no sabía que poseía, pero que ella ha sabido encontrar fácilmente. La cojo en brazos y la llevo de vuelta a la cama, donde me dedico

a homenajearla con besos suaves y caricias sutiles hasta que ambos caemos en un profundo y reparador sueño.

Capítulo 7

Me despierta el suave roce de su cabello en la nariz. Apenas son las ocho, y me destroza que nuestro tiempo juntos haya llegado a su fin. Sus pestañas aletean ante el roce de mis manos en su espalda, y sus labios dibujan una sonrisa perezosa dedicada a mí en exclusiva.

–Buenos días, Derek –susurra adormilada.

–Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

–Como un lirón... pero hemos desperdiciado demasiado tiempo durmiendo –
contesta bajando triste la mirada.

–Quédate.

Jamás he suplicado, jamás le he pedido a una mujer pasar más tiempo con ella.

Siempre han sido ellas las que me han rogado, las que me han suplicado un poco más de atención, y siempre me he negado a ello.

Y eso es precisamente lo que acabo de hacer. Estoy suplicando, mendigándole unas horas más, porque no estoy seguro de que haya sido suficiente el tiempo que he pasado con ella.

–No, Derek. Quedarme implicaría algo para lo que no estás preparado.

–Gaby, estoy más que preparado para pasar otro día contigo. Es más, necesito pasar otro día contigo.

–Exacto, solo un día más. ¿Y después qué?

–No pienses en el después, piensa en el ahora, en lo bien que lo hemos pasado y lo bien que lo pasaremos hoy.

–Quizás tú estés preparado para pasar una noche más conmigo, Derek, pero yo no estoy preparada para terminar con el corazón hecho pedazos, que es lo que ocurrirá si me quedo.

–Pero... –silencia mis ruegos con un beso suave.

–Derek, no lo estropees. Quedémonos con el bonito recuerdo de lo que ha pasado entre nosotros. Por favor, llévame a casa.

–¡De acuerdo, maldita sea! Te llevaré a tu casa... después. Llevo veinticuatro horas follándote, ángel... ahora voy a hacerte el amor.

Me tumbo sobre ella con cuidado, apoyando mi peso en los antebrazos, y comienzo a darle besos suaves por la frente, los párpados, las mejillas... Recorro lentamente sus labios con la punta de mi lengua, incitándola a abrirlos, y recorro cada recoveco, cada centímetro de esa boca que me ha vuelto loco durante toda la noche. Ella me abraza suavemente, y sus tiernas caricias por mi espalda me están dejando sin fuerzas... paseo mi boca lujuriosa por su cuello, su hombro... hasta llegar a sus preciosos pechos, esos que jamás podré olvidar.

Vuelvo a saborearlos para mantener en mi mente el recuerdo de su tacto y su sabor... ella gime, comienza a retorcerse, y continúo mi descenso por su piel de seda, hasta llegar a mi hogar, a ese coño delicioso que me ha sabido calmar, que ha sido mi puerto, mi guía, el único lugar en el que me he sentido completamente a salvo.

Succiono su clítoris suavemente, alternando lametazos con suaves besos, e introduzco lentamente mi lengua en su canal húmedo, caliente por mis caricias.

Asumo un ritmo lento, cadencioso, con el que voy a llevarla al límite. Su cuerpo se arquea, sus piernas aprisionan mi cabeza entre sus muslos y sus manos me aprietan contra su sexo, ávido de más.

–¡Dios... Derek, sí... más rápido! ¡Por favor... necesito más!

Sigo succionando su clítoris e introduzco mis dedos dentro de ella. Comienzo a moverlos lentamente, en un vaivén enloquecedor, guiado por sus gritos, que van *in crescendo* hasta que con un espasmo, mi dulce ángel llega al orgasmo.

La dejo descansar unos minutos, en los que me recreo subiendo por su estómago, sus pechos, su cuello... hasta llegar a su dulce boca y perderme en ella.

Suavemente le doy la vuelta, y la tumbo despacio, abrazada a la almohada.

Recorro su espalda con mis labios, rozándola apenas, hasta su dulce e irresistible culo. Repito el recorrido en sentido ascendente con suaves besos húmedos, y termino bajando con mi lengua, que se vuelve loca en su oreja, succionando su lóbulo con hambre.

Me tumbo sobre ella, que se tensa a la espera de mi siguiente movimiento. Cojo del cajón de la mesita el aceite hidratante, y sentado a horcajadas sobre su precioso trasero extiendo el líquido por su espalda, masajeando con mis manos despacio, acercándome a sus costados, rozando apenas sus pechos, embadurnándola por completo.

–Mmm... –ronronea mi gatita con los ojos cerrados.

–¿Te gusta?

–Me vuelve tan loca como lo haces tú.

Sustituyo mis manos por mi pecho, que paseo suavemente por su espalda, y mi polla recorre su abertura, desde el clítoris hasta el ano, y viceversa. Ella ondea su cuerpo buscando la penetración. Le voy a conceder un pequeño adelanto, y en uno de los vaivenes introduzco solo la punta, para después sacarla y volver a mi recorrido.

Continúo con la tortura un poco más, hasta que mi determinación flaquea, y entro en ella por completo, gimiendo del placer que siento al estar dentro de ese coñito tan delicioso.

Mis movimientos son lentos, adormilados. Ella gime suavemente, laxa, y se

agarra fuerte a la almohada, mientras yo la agarro a ella fuertemente contra mi cuerpo. Necesito sentirla cerca, fundirme con ella, convertirnos en un solo ser.

El orgasmo de ella se acerca, puedo sentirlo, y aumento el ritmo de mis embestidas. Su sexo me exprime, se convulsiona, ella se tensa, y su orgasmo desencadena el mío, fuerte, intenso... aterrador.

Me despierto de nuevo pasado el mediodía. Ella duerme tranquila a mi lado, como un ángel caído, destrozada después de aguantar mi ritmo mucho más de lo que esperaba. Podría quedarme la vida así, tan solo viéndola descansar, pero no puedo retrasar más lo inevitable.

La despierto con suaves besos en la mejilla, el cuello, el hombro... hasta que sus ojos vuelven a abrirse y su boca cobra vida brindándome otra de sus inimitables sonrisas.

–Hola –suspira adormilada.

–Hola princesa. Es la hora.

Se despereza antes de saltar de la cama. La observo vestirse, y con cada prenda que cubre su cuerpo se destroza un pedacito más de mi alma. He llegado a conocer su cuerpo mejor que el mío. He descubierto todos sus puntos débiles, sus curvas, valles y depresiones. Conozco su olor, su sabor, el tacto de su piel, el sonido de su risa. Tengo clavados en el alma sus gemidos, sus orgasmos, e incluso sus lágrimas.

Pero he de dejarla marchar. Hicimos un trato y debo cumplirlo, aunque eso me mate por dentro. No soy bueno para ella, y lo mejor que puedo hacer en este momento es alejarme cuanto antes para que pueda rehacer su vida.

Viajamos en mi coche en silencio, cogidos de la mano, evitando cortar el vínculo antes de lo necesario. No puedo dejar de desviar la vista hacia ella. La noto triste, cabizbaja, sé que todo esto le ha afectado, la ha cambiado por completo.

Como a mí. Desde que Gabrielle apareció en mi vida he dejado de ser el

mismo.

Su presencia en mi vida ha hecho que cambie, que mute a un ser nuevo, diferente, desconocido. Sé que no voy a ser capaz de estar con otra mujer ahora que he saboreado el Edén entre sus brazos, mi vida volverá a ser un infierno cuando la deje marchar.

La acompaño al portal, y antes de darle siquiera tiempo de pensar, la aprisiono entre mis brazos y le doy un último beso, para marcarla a fuego y grabarme en la memoria su sabor a pura ambrosía.

–Ha sido un auténtico placer conocerte, Derek.

–El placer ha sido mutuo, Gabrielle. Déjame llamarte mañana, por favor.

–No... Lo mejor es que nos despedamos aquí. Has sido maravilloso, pero mi corazón no resistiría ni un solo encuentro más.

–¿Estás completamente segura de que es lo que quieres?

–No –contesta sonriendo–, pero es lo más seguro para ambos. Adiós, Derek.

–Adiós, mi dulce Gabrielle.

Veo como se aleja, llevándose con ella un pedazo de mi alma. Tengo el estómago encogido, la respiración agitada... el alma vacía.

Me encamino de vuelta al coche y conduzco como alma que lleva el diablo sin rumbo fijo. Necesito pensar, olvidarla, olvidar lo que ha pasado entre nosotros durante estas veinticuatro horas. Pero antes de que este pensamiento termine de formarse en mi mente sé que eso es imposible.

Me detengo cerca de la playa, y voy caminando hasta las rocas en las que le hice el amor. Me siento en una de ellas y me quedo mirando al horizonte, pensando en lo que la aparición de Gabrielle ha supuesto para este mujeriego empedernido.

Mi demonio interior se rebela, grita, se retuerce, porque al igual que yo mismo se ha vuelto adicto a su olor, su sabor, su tacto. Y yo no puedo hacer

nada para remediar el vacío que ambos sentimos por dentro. Le pedí que se quedara, le supliqué, y ella se marchó.

No se lo reprocho. Fui un auténtico gilipollas cuando le ofrecí el trato, pero entonces no sabía lo que era estar con ella. Debería haberla convencido, debería haber insistido en que se quedase conmigo un día más, quizás así podría haberla conservado para siempre.

Estoy bien jodido... porque acabo de darme cuenta de que no voy a ser capaz de vivir ni un solo segundo sin ella.

Continuará...

Document Outline

- [Deseo](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)